

realidad, imaginada como un maravilloso ser vivo; proliferan las utopías políticas, donde tienen su parte el ansia de renovación social, el recuerdo de la República platónica y las noticias de la recién descubierta América. Al margen de un escepticismo militante se configura la demanda de un método riguroso, capaz de reemplazar el estéril formalismo lógico, la tradición, la autoridad como criterios del conocimiento. La plena Edad Moderna, en el siglo XVII, cree más en sí que en la Antigüedad. Reemplazaba la concepción orgánica por la mecánica; va dejando de lado los sueños utópicos, para aplicarse a la elaboración del derecho natural en concomitancia con la realidad política. Posee ya el método anhelado; razón, matemática, experiencia. El racionalismo y el empirismo encarnan las dos vertientes metódicas y se desarrollan en dos ramas filosóficas adversarias. En general, el siglo XVII sienta las grandes bases teóricas modernas, cuya extensión y aplicación realizará la centuria siguiente. La Ilustración es la madurez moderna. Su mayor empresa filosófica es una vasta y completa teoría del hombre, construída por Hume sobre cimientos empiristas y rehecha por Kant sobre principios de razón. Racionalismo y empirismo se aproximan, redondean sus puntas y filos. contribuyen a una común visión de las cosas, a una actitud ante la vida. El Barroco se desentendió de los antiguos para laborar por su cuenta, para asumir su específica ocupación. La Ilustración va más allá; realiza su propia tarea y medita al mismo tiempo sobre ella, extiende su mirada sobre el pasado y pronuncia un veredicto. Ilustración, dirá uno de sus varones, es aquella sazón en que el hombre sale de una minoría de edad en la cual se mantenía por su propia culpa.

FRANCISCO ROMERO

## SEMBLANZA DE NEWMAN

Por JUAN C. GARCIA

No hace mucho tiempo que con aplauso de los católicos y repulsa de los anglicanos se celebró en el Reino Unido la conmemoración centenaria del llamado "movimiento de Oxford" o también *Tractarian movement*, el cual, como no puede ignorarlo ningún conocedor de la historia eclesiástica, consistió en una reacción del sentimiento religioso, muy favorable para el Catolicismo. El doctor Juan Enrique Newman fue el paladín de esa restauración espiritual, sincera y paciente labor de muchos años, que dio por resultado su ingreso a la Iglesia Romana, en cuya doctrina halló lo que buscaba: el principio de autoridad.

El mismo día de 1845 en que Renan decía adiós a San Sulpicio y abandonaba la Religión Católica, Newman era admitido en ésta haciendo su profesión ante un monje pasionista de Littlemore. La historia ha recogido los comentarios a que ha dado lugar aquella coincidencia. El centenario de la conversión ha hecho resurgir hoy con grandiosas proporciones la figura de Newman, quien mal comprendido por Manning, más tarde vino a ser desagraciado por León XIII, y por Pío X sincerado del cargo de haber sido precursor del modernismo. Y vuelven a leerse con redoblado interés los escritos de aquel hombre genial que penetrado del pensamiento de San Pablo, vivió y murió anhelando la plenitud de la luz; *ex umbris et imaginibus in veritatem*, según reza el epígrafe de su sepulcro.

El movimiento de Oxford sacudió el marasmo intelectual de las universidades, advertido por Adam Smith durante las cinco décadas anteriores; inauguró en literatura la época de la Reina Victoria; trocó el idealismo lakista en estudios sociales; se anticipó así a las disquisiciones recientes; pasó del terreno literario al especulativo, de éste al de las creencias, y acabó por dar a la Iglesia de Cristo una lumbrera en el futuro cardenal, que es ya considerado como uno de los clásicos ingleses.



Una violenta crisis agitaba más y más en Inglaterra las conciencias de todos los hombres reflexivos. El desencanto producido en muchos por las mezquindades de la secta anglicana, daba origen a sistemas nuevos que llevaban por bandera el nombre de sus caudillos. Hubo no solo puseístas y wesleyanos, sino además butlerianos, keblistas y newmanianos.

Laureado en la facultad de teología de la celeberrima universidad oxoniense, y en seguida pastor de importantes feligresías, Newman fue advirtiendo los vacíos que abrió en el Protestantismo la carencia de tradiciones dogmáticas y rituales. Pronto iba a confirmar sus desencuentros lo ocurrido en los claustros de Cambridge, donde cursaba ciencias eclesiásticas el distinguido scholar Rowe, a quien debemos la noticia de un raro suceso del cual fue testigo, y que decidió su conversión a la fe ortodoxa.

En el extremo de la biblioteca de Peterhouse veíase una puerta cerrada herméticamente desde algunos siglos atrás. Cierta día de vacaciones en que se hallaban ahí reunidos unos doce jóvenes doctores, les ocurrió la idea de averiguar lo que se escondía detrás de aquella puerta. Forzáronla, y penetrando en una habitación oscura descubrieron que estaba llena de infolios cubiertos de polvo y telarañas. Admirados los noveles profesores, se apoderaron de tales obras, las hojearon, y a poco las leían ya con avidez. Eran tratados de historia eclesiástica y de teología. Aunque anglicanos, nutridos con las enseñanzas de la Reforma y persuadidos de que poseían el verdadero espíritu del Evangelio, se pusieron a estudiar esos libros, y encontraron allí toda la tradición cristiana desde los Apóstoles hasta Enrique VII, perpetuándose de edad en edad, siempre igual a sí misma y siempre en todo conforme con las doctrinas del Catolicismo. No tardaron en deducir que si la tradición está totalmente acorde con la Iglesia de Roma, no hay duda de que el magisterio pontificio está en lo cierto. Almas sinceras, los doctores cantabrigenses no titubearon en adherirse al dogma católico abandonando sus cátedras, su posición social y el afecto de sus deudos y amigos.

Dos años después de su abjuración fue Newman ordenado sacerdote, y en 1849 fundó en Londres, lugar de su nacimiento, una casa de oratorianos regida en todo por los estatutos de San Felipe de Neri, a donde ingresaron el ya citado Rowe y Federico Guillermo Faber. Un lustro más tarde se le nombró rector de la Universidad de Dublín, para la cual redactó una serie de lecturas sobre temas universitarios, y un importantísimo ensayo titulado *El concepto de la Universidad*. Sus controversias con Kingsley originaron la

*Apología pro vita sua*, a la que debe su fama de prosador modelo en las letras británicas. Pocos escritores han influido tanto como él sobre el espíritu de sus compatriotas, quienes admiraron su gran carácter y las dotes de inteligencia que supone la *Gramática del asentimiento*, lo mismo que el tratado concerniente al desarrollo de la doctrina cristiana, el cual no es evolución del dogma sino un mayor esclarecimiento de las verdades reveladas, así como la teología lo expone según el sentido que le da el Concilio Vaticano.

En un breve apunte no hay espacio para analizar integralmente la obra de Newman, sus poemas místicos, sus sermones, su obra histórica sobre el siglo XIX, sus trabajos humanísticos, ascéticos, filosóficos, exegéticos, que llegan a la cifra de treinta y seis volúmenes. Muchos de ellos podrían mirarse como desenvolvimiento de aquella fórmula suya: "La conciencia es una revelación interna de Dios, y el Catolicismo es su revelación externa".

Como expositor suyo evitar las divagaciones, buscó la precisión del lenguaje, la lucidez ciceroniana, el énfasis de los Padres alejandrinos. En diversas materias didácticas le sirvieron de guía las normas de Aristóteles. Pero en todas brilla la originalidad del pensamiento y se advierte la penetración del psicólogo.

Ya cerca de la edad octogenaria, y once años antes de su muerte, recibió la púrpura cardenalicia, honra bien merecida para quien llenó casi una centuria con su existencia laboriosa. Cuando en la Gran Bretaña se supo su elevación a la dignidad de cardenal diácono del título de San Jorge in Velabro, el entusiasmo que despertó era grata nueva comparable al que hubo en la Italia del cuatrocientos, cuando a Bessarion se otorgó el capelo, poco después del Concilio Florentino. El purpurado anglosajón adoptó por lema el mismo de San Francisco de Sales: *Cor ad cor loquitur*; y al regresar de Roma, la primera visita que hizo fue al Trinity College, hogar intelectual suyo, consagrado a las disciplinas que tan sagazmente examinó Burget en sus *Sensaciones de Oxford*.

Resta añadir algo sobre el prosista, cuyas frases solían convertirse en apotegmas citados por sus admiradores y biógrafos, entre los cuales han sobresalido Hutton, Ward, Barry, Purcell y el abate Brémond. El escritor londinense comprendió las ventajas y desventajas del estilo conciso, y a él se refería en estos términos: "Lo que Livio y mejor aun Tácito ganaron con respecto a la energía, lo perdieron en cuanto a la claridad y la elegancia". Barry observa por su parte, que Newman expresaba lo que todos sienten pero no todos pueden decir con exactitud. Y por lo mismo le considera supe-



rior a Shelley, a Tennyson, a Browning y a Carlyle. Mas las prendas del literato no deben hacernos perder de vista la grandeza moral del pensador y educador. El deseaba que la instrucción modelara los espíritus; que humanista fuese sinónimo de caballero, y que el estudio fuera una introducción al arte de la vida. En su sentir, la cultura moderna, por muy vasta que se la suponga, no merece tal nombre mientras no sirva para dilatar el poderío de la mente y la virtud del alma. Para él la filosofía pudiera definirse *reason exercised on knowledge*. Y al abarcar con amplitud de miras el mundo físico y moral, decía que todas las artes y ciencias deberían correlacionarse y dirigirse a un fin común, centro de atracción de los más nobles anhelos humanos.

JUAN C. GARCIA, Pbro.

LA EXENCION DE IMPUESTOS QUE CONSAGRA LA LEY 34 DE 1932,  
ES DE CARACTER REAL Y NO PERSONAL

MEMORIALES DEL APODERADO DEL COLEGIO

Señor Alcalde Municipal de Bogotá.—E. S. D.

Guillermo Ayala Ramírez, abogado titulado e inscrito, mayor de edad y vecino de esta ciudad, con cédula de ciudadanía número 1.117.996 expedida en Bogotá, de la manera más respetuosa expongo lo siguiente:

El señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Ilustrísimo Monseñor José Vicente Castro Silva, confirió poder al doctor Douglas Botero Boshell y al suscrito para que representáramos al Colegio en todo lo relacionado con la liquidación del impuesto de valorización ocasionado por las obras del tercer sector de la Avenida Jiménez de Quesada.

Acepto el mencionado poder y pido atentamente que se reconozca mi personería.

Por Resolución N° 27 de 21 de febrero de 1947 esa Alcaldía aprobó "la liquidación provisional del impuesto de valorización hecha por la Oficina Municipal de Valorización, correspondiente al tercer sector de la Avenida Jiménez de Quesada, que asciende a la suma de \$ 2'280.226,96, la que debe aplicarse y distribuirse entre todos los propietarios de los predios comprendidos dentro de la zona de influencia del mencionado sector".

Dispuso además la Alcaldía, por medio del artículo 2º de la citada Resolución N° 27 "que por la Tesorería Municipal se haga efectivo el cobro del impuesto de valorización de que trata el artículo anterior, mediante la presentación de las respectivas cuentas de cobro y liquidaciones provisionales que deben llevar el "visto bueno" de los siguientes funcionarios: Jefe de la Oficina de Valorización, representante de los propietarios y Secretario de Hacienda del Municipio".

Seguramente en cumplimiento de esta providencia, la que apenas acabo de conocer, la Recaudación Segunda Municipal ha hecho saber al Síndico del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario el monto de las sumas que el Colegio —por hallarse ubicado dentro